

MACHADO, LUIS A.

"Una nueva generación". Edic. "Sígueme", Salamanca (España), 1965.

"El pueblo de Dios en marcha", Edic. "Sígueme", Salamanca (España), 1965.

Dos libritos de oro. Bien pensados y mejor escritos. Reflejan un pensamiento cristiano en progresiva maduración, alimentado con abundantes lecturas, serias y bien asimiladas, y atravesadas por el hilo luminoso de la propia reflexión y esa cercanía al mundo, o mejor inmersión en él, que caracteriza al auténtico laico cristiano, y que vibran en las obras del Dr. L. A. Machado, abogado, político y dirigente de apostolado seglar. Sus libros, y ya van tres en menos de un trienio, se leen con gusto y sabemos que hacen mucho bien, tal vez por ese baño intenso de esperanza cristiana y alegría del vivir que los empapa.

Nos gusta más "El pueblo de Dios en marcha", más maduro, más matizado, menos "triumfalista". Personalmente, y más asomándonos a la realidad, particularmente a la nuestra, nos parece un poco excesivo y artificial el ingrediente "triumfalismo", ese optimismo cristiano que demasiadas veces propugna el autor y con el que espolvorea un tantico demasiado los diferentes capítulos. Puede producir el efecto de un artificio y rechina un poco a "Deus ex machina". Nos parece más bella la realidad, aun con su denso cono de sombra.

Esta lanzada de crítico no resta, sin embargo, valor a estos dos preciosos libritos, testimonio al día de la madurez de un sector reducido, pero dinámico, de nuestro laicado venezolano.

J. M. G.

SETIEN, JOSE M^o

"Libertad y libertades políticas". Colección Antena, Editorial Ethos, Bilbao, 1965.

Ya hemos enjuiciado en nuestra revista algunos tomos de esta utilísima colección, verdaderos brevarios de orientación en temas de vital importancia hoy. El presente tomito, 95 páginas de nitidez extraordinaria en ideas y presentación, es uno de los mejor logrados. Resumen de la obra fundamental del autor: "Iglesia y libertades políticas" (Madrid, Ed. Cristiandad, 1964), trata el libro problemas que están en el orden del día, pero que deforman el confusiónismo y la improvisación: libertad de conciencia, libertad de opinión, el derecho al trabajo y el derecho de asociación. Un cuestionario recoge sablamente el contenido de cada capítulo, que constituye un pequeño tratado sobre el tema.

LIBROS NUEVOS

Paulo VI en las Naciones Unidas

Reflexiones ante una jornada
trascendental

Prudencio Damboriena, S. J.

El modo espontáneo —pero a la vez progresivo— con que Paulo VI logró ganarse a la población neoyorkina fue un modelo en su género. La recepción del aeropuerto, limitada por las mismas autoridades a pocos cientos de personas, fue cordial, pero no entusiasta. El Papa habló a los católicos de la común ciudadanía de Roma que a todos nos une, agradeció la bienvenida transmitida por el presidente Johnson, extendió su saludo a nuestros hermanos separados y se refirió a la "gran nación, libre, fuerte, industriosa y llena de maravillas, a esta América de los Estados Unidos donde contamos con tantos hermanos queridos, hermanos e hijos en la fe, a esta nación cuyos hombres han creado una cultura propia a base de la hermandad de sus ciudadanos... Que Dios bendiga a vuestra patria!"

Las frases eran cálidas. Pero quienes las escuchaban no estaban acostumbrados al fuerte acento extranjero en que se pronunciaban. Y, sobre todo, se les hacía difícil creer que todo aquello fuera una realidad. Por eso los gritos de Viva el Papa, lanzados por unos pocos italo-americanos, se perdieron pronto en el espacio.

Terminados los saludos de protocolo, Paulo VI montó en coche abierto y empezó su recorrido de 40 kilómetros largos hasta la catedral de San Patricio. La avenida de Queens, flanqueada por millares de niños de las escuelas católicas y por personas de toda edad y condición, hubiera sido una magnífica ocasión —testigos de ello Bombay y Palestina— para que el Pontífice se comunicase con las gentes que le aclamaban. Pero el viento cortante y frío de la mañana le obligó a trasladarse a un coche encapotado que, a pesar de su cubierta de plástico, impidió una comunicación más personal con las gentes apiñadas en las aceras. Aun así, era evidente que el contacto espiritual iba creciendo a medida que avanzaba la comitiva.

EN ROPA HECHA PARA CABALLEROS. — ESQUINA DE LAS GRADILLAS. — TELEF. 81-59-87

Locutores y público aguardaron con impaciencia la entrada de la caravana pontificia en el barrio de Harlem en sus dos secciones: la de la población negra propiamente dicha y la habitada por puertorriqueños. Su venida había sido precedida por una inspección policial rigurosa e incluso por un barrido general de sus nunca demasiado cuidadas aceras. ("¿Por qué estarán hoy tan aseadas y limpias?", se preguntaban con su característico ceceo unos isleños.) El paso fue rápido. Los hijos del Caribe, aunque religiosamente los más abandonados —y no por culpa suya— del catolicismo estadounidense, le dispensaron una entusiasta acogida, a la que el Pontífice respondió cariñoso levantando sus manos e impartiendo la bendición. Algo más adelante, la comitiva se detuvo un momento para entregar a unos niños una carta autógrafa por la que les agradecía su invitación de dirigirles la palabra.

Por fin, la aglomeración del barrio se hizo más densa. Las ventanas aparecían arracimadas de gente. Los coches llegaron frente al Hotel Teresa, lugar del histórico abrazo entre Kruchew y Fidel Castro. Muchos católicos (entre ellos el primer obispo negro electo para la diócesis de New Orleans) habían tomado allí sus posiciones. El carro pontificio moderó la marcha, pero sin llegar a detenerse por completo. Se han dado diversas versiones al hecho. Unos lo atribuyen a instrucciones severas recibidas de la policía, que no se atrevía a dar garantías de su seguridad personal. Otros se han preguntado si merecía la pena de hacer aquel gesto publicitario en un mundo cansado de exteriorizaciones vacías del género. Una cosa hay cierta: en su recorrido el Papa no quería hacer política, sino encontrarse con el pueblo.

Y éste le esperó un poco más adelante. El paso por el Central Park fue ya un ensayo de lo que iba a venir. Las gentes se apiñaban a la vera de los caminos para aplaudirle. A la salida del parque, los coches de la comitiva fueron moderando la marcha. Las calles vecinas a la catedral estaban abarrotadas de gentes y poco a poco, en los alrededores de San Patricio, la masa se hizo mayor —se calculan en 60.000 las personas apiñadas cerca del templo— y casi incontenible. El Papa descendió del coche, se detuvo en el amplio pórtico y bendijo a la multitud, que no cesaba de aclamarle.

La entrada en la pequeña —pero pulcramente cuidada— catedral neoyorkina fue solemne. Paulo VI oró ante el altar, dirigió un discurso de saludo a los fieles y levantó el brazo del cardenal Spellman para que todos lo saludaran. Entonces estalló quizás el primer aplauso, tierno y hondo a la vez, que jamás hayan escuchado las naves de una catedral católica norteamericana... Pero aquel aplauso hizo todavía más. Rompió la débil capa de hielo que separaba al Papa del pueblo, entablando entre ambos una comunicación que iría *in crescendo* hasta su despedida de los neoyorkinos en el aeropuerto. El Pontífice volvió a salir a la puerta de la catedral y se paseó sonriente, con su mano levantada y bendiciente, sobre aquella muchedumbre que había tomado por asalto —algunos, desde la media noche anterior— la amplia carrera de la Quinta Avenida, nunca tan bella ni tan grandiosa como aquel mediodía.

A partir de aquel momento, la jornada del Pontífice sería ya distinta. Por un instinto secreto el pueblo —y aquí no excluyo a los dignatarios— cayó en la cuenta de que el Papa, como Padre común para los católicos y como símbolo del mundo religioso para los demás, llegaba hasta ellos como portador del amor y de la paz. Este calor personal no estaría ausente ni siquiera de los actos protocolarios que ocuparon la mayor parte de la tarde al ilustre visitante. La larga conversación con Lyndon Johnson —y a la que tan gentilmente colaboró con sus modales y sonrisas el presidente norteamericano— tuvo toques de humanismo raros en esa clase de contactos políticos. En su misma intervención ante las Naciones Unidas, el Papa empezó presentándose como hermano menor, insertó en su discurso alusiones emotivas al asesinado presidente Kennedy (¿quién no recuerda las lágrimas que en aquel instante bañaron las mejillas de Jacqueline?) y terminó dando la mano, charlando amigablemente, recibiendo sonriente los saludos de los delegados y

Aconsejamos el librito a jóvenes universitarios, a periodistas y lo juzgamos indispensable a los orientadores de la juventud, que en él pueden encontrar lo que sabemos que no irán a buscar, por mil razones, en estudios exhaustivos sobre temas tan fundamentales.

J. M. G.

JEREZ TIANA, C.

"Planificación en el capitalismo". Colección Athena, Editorial Ethos, Bilbao, 1965.

Otro breviarío orientador de la colección Athena y que, en un criterio cristiano y objetivo, nos presenta el problema de la planificación en los estados modernos a través del ejemplo francés. El plan francés puede servir de modelo de lo que se llama "planificación indicativa", muy distinta de la "imperativa" que rige en los países totalitarios.

El librito es de carácter técnico, pero al alcance de los lectores de cultura media, y está precedido por una excelente introducción de 25 páginas en la que se presentan las características de la planificación indicativa y sus diferencias con la "imperativa".

¿La planificación está refida con la democracia representativa, con la libertad, con los principios cristianos? A éstas y otras muchas preguntas responde este librito, y lo hace no con fórmulas explícitas, sino con la presentación de los hechos y la reflexión sobre ellos.

J. M. G.

MOLINARI, Pablo, S. J.

"Los santos y su culto". Editorial Razón y Fe, Edic. Fax, 1965, Madrid.

"Obra oportunísima", la llama en un prólogo orientador el cardenal Larraona. El P. Molinari es un excelente teólogo y con mano maestra expone la doctrina de la Iglesia sobre el culto a los santos a la luz de los avances de la moderna teología y de la crítica científica. Postulador de las causas de los siervos de Dios de la Compañía de Jesús en Roma, el autor navega con singular pericia en el mar de hagiografía, que le debe meritorios trabajos.

Función de los santos en la Iglesia, naturaleza, espíritu y límites de su culto y tendencias extremas en él, son los temas fundamentales de esta obra, que ningún sacerdote y laico culto puede ignorar. Libro particularmente aconsejable para los que deben predicar sobre el culto a los santos, hacer algún panegírico, y que es capaz de curar el

fervor desorbitado de muchos y templar la frialdad de otros que ven el culto a los siervos de Cristo un obstáculo a nuestro culto y servicio a Dios por y en Cristo.

J. M. G.

Y.M.-J. GONGAR

"Jalones para una teología del laicado". Editorial Estela, Barcelona, 1965.

Esta obra maestra del P. Congar abre la magnífica colección "Ecclesia" de la Editorial Estela. Sería superfluo analizar un libro como "Jalones", que ha sido uno de los grandes inspiradores del apostolado seglar en estos últimos 15 años, fuente de la que han bebido todos los que han querido adentrarse en el puesto del seglar en la Iglesia y en sus razones teológicas. Esta obra de Congar, que no fue su primera ni ha sido la última sobre el tema, lo constituye en uno de los padres de la teología del laicado.

Estela pone a disposición de nuestro mundo de lengua española una obra que, no sabemos por qué, le ha estado vedada durante más de 12 años.

Indiquemos algunas de las líneas generales de esta obra del P. Congar.

El laico es un cristiano que vive para el Reino de Dios, pero para ello no se separa, como el sacerdote o el monje, del compromiso en la vida temporal. Se estudia el aspecto fundamental del laico en la Iglesia y del laico en el mundo. Estupendo capítulo el que dedica al sacerdocio de los fieles y a su función profética y real en la Iglesia, concretándola magistralmente en su función apostólica. Es fecundo el enfoque que hace el autor de la Acción Católica. Un espléndido capítulo sobre la espiritualidad y la santificación de los laicos comprometidos en el mundo cierra esta obra que aconsejamos a todo católico culto y muy particularmente a los sacerdotes que están al frente de movimientos de apostolado seglar.

La teología del laicado se ha desarrollado esplendorosamente en estos últimos años y el mismo P. Congar reconoce en su último libro "Sacerdoce et Laicat" (edit. Du Cerf, 1962), que la elaboración teológica posterior ha llevado a precisar más los términos, y se refiere en concreto a la definición de laico del P. K. Rahner, que completa la suya propia. Por eso nos hubiera gustado haber visto añadidas a la espléndida edición de "Jalones" las últimas aportaciones del P. Congar en la teología sobre el laicado.

J. M. G.

LIBROS NUEVOS

dando su bendición a todos, es decir, de la manera menos diplomática, pero quizás más humana, que jamás se haya visto en aquella asamblea internacional.

Abandonando el recinto de las Naciones Unidas, Paulo VI volvió a tomar el hilo de sus contactos con el pueblo. En este sentido, la visita hecha en el templo de la Sagrada Familia a los representantes de las diversas confesiones religiosas revistió importancia particular. Los delegados le acogieron con respetuosa simpatía. El representante judío, usando la expresión Shalam (paz), le prometió esforzarse por colaborar con él en la búsqueda de la armonía entre pueblos y razas. El Consejo Nacional Cristiano —que agrupa a protestantes y ortodoxos— se refirió a la oración y acción mancomunada de cuantos adoramos al mismo Dios con el fin de que tengan cumplimiento los deseos de paz de que era portador el Pontífice. Este mostró en su respuesta "admiración por vuestra dedicación y vuestros trabajos". "Sois, añadió, dignos de honra y vuestros esfuerzos merecen la gratitud y las oraciones de todos. Os urgimos, por lo tanto, a redoblar vuestros esfuerzos por el bienestar de todas las razas y naciones que forman la gran familia humana... Los trabajos en favor de la paz no se restringen a una creencia. Son el deber de cada uno de los hombres sin distinción de convicciones religiosas. Los hombres somos hermanos y Dios, que es el Padre de todos, desea que vivan en paz y en verdadera hermandad." Al fin, dio su mano a muchos de los congregados, aunque es verdad que quedaron también otros muchos brazos extendidos que no pudieron llegar hasta él. A la puerta del templo le esperaban otras treinta mil personas.

Antes de pasar adelante se impone una alusión a la respuesta que estos grupos no católicos —y me refiero en especial a los protestantes— dispensaron al Papa en Nueva York. Ello significa una nueva etapa en las relaciones de las diversas confesiones cristianas con la Iglesia católica. Me he fijado por un momento en la lista de personajes protestantes que asistieron a la Misa pontificia del estadio. Faltan en ella algunos nombres que yo hubiera deseado leer. Pero hay también otros muchos que hacen honra a la buena voluntad ecuménica del momento: presidentes y decanos de sus más renombradas facultades teológicas, jefes supremos de algunas de sus iglesias —en concreto, de la luterana, numerosos y renombrados obispos y hasta algún metropolitano— de la comunión anglicana de los Estados Unidos; secretarios y ejecutivos de muchas de sus organizaciones sociales y religiosas; el coronel presidente del Ejército de Salvación; el Rdo. Vincent Peale, presidente del Protestant Council of New York, y otros. Dejaron de acudir los jefes de sectas como las pentecostales, adventistas, Christian Science, cuáqueros y Testigos de Jehová.

La prensa ha recordado a sus lectores que, hace todavía menos de un siglo, en este mismo New York, fundado por calvinistas holandeses y poblado por fanáticos presbiterianos y congregacionistas, se apedreaba en público a los católicos o se los eliminaba como indeseables a los confines de la región. Sin ir tan lejos, quienes trabajamos en estos ambientes podemos asegurar que, hace todavía 15 años, tan reverente participación protestante a una Misa católica hubiera sido inimaginable. Realmente se ha andado mucho trecho en el camino de la mutua comprensión! Nada decimos de la presencia de obispos y dignatarios ortodoxos a la Misa pontificia ni de la espontaneidad y devoción con que asistían al acto litúrgico. Más tarde se ha hecho público que el arzobispo Yakovos, metropolitano ortodoxo de las Américas y heredero aparente de Atenágoras al patriarcado de Antioquía, fue recibido personalmente por el Papa en la residencia del cardenal Spellman. El gesto es tanto más de apreciar cuanto que el dignatario ortodoxo no ha ahorrado críticas a la Iglesia católica, sobre todo cuando, en sus documentos recientes, se ha ensalzado la autoridad pontificia.

(Pasa a la pág. 485)

DOVILLA, SUS TRAJES POR MUCHAS RAZONES. - TORRE SUR, 10 - EL SILENCIO - TELF. 41.47.91

Naturalmente, el culmen de la visita papal tuvo lugar en la Misa nocturna del Yankee Stadium. Fue la auténtica reunión de familia entre el Padre común y sus hijos, participando juntos en el santo sacrificio del altar. El acto tuvo aspectos altamente emotivos que cada participante guardará durante largo tiempo como imborrable recuerdo. Allí todo fue hermoso. Las cercanías del estadio habían sido asaltadas por miles de personas en la esperanza secreta de que, por alguna circunstancia imprevisible, hallarían sitio en el hemicielo. Aquí el espectáculo fue impresionante. A la llegada del Pontífice la 90.000 personas se alzaron de sus puestos, aplaudieron y aclamaron al Papa, que ya avanzaba en coche abierto. Su entusiasmo —menos ardiente que el de la clásica folla romana— emocionó al Pontífice, que agradeció bendiciendo su afecto y veneración. La Misa, en impecable liturgia y participada plenamente por la enorme concurrencia, fue de gran efecto, incluso para los millones que sólo la pudieron seguir desde las pantallas de la televisión. En su homilía, el Santo Padre volvió a realzar el significado histórico de su visita, las grandes virtudes espirituales y humanas del pueblo norteamericano y la necesidad de que todos ellos, por una esmerada educación, por sus convicciones y por su esfuerzo personal, trabajaran por una paz basada en los principios morales y en el inmovible fundamento del Evangelio. Tuvo también sus alusiones de respeto y bienvenida "a los hermanos cristianos aquí presentes, separados todavía de nosotros, pero unidos también por los vínculos de un bautismo y de una fe en Cristo Jesús", así como también "a los descendientes de Abraham, hacia quienes tenemos especial consideración". En el Ofertorio, la oración de los fieles, recitada por cinco representantes de las Naciones Unidas, simbolizó la presencia del mundo en aquella solemne ocasión. D. Andrés Belaunde, auditor del Concilio y sobre todo patriarca de los creyentes hispanos, recitó la suya con unción y con acento suave y reposado...

La despedida del estadio tardó en terminar. El coche pontificio hubo de repetir varias veces el recorrido con el fin de recabar los aplausos de la multitud. La compenetración con sus hijos era plena. Podía ya —tras la breve parada en el Pabellón Vaticano de la Feria Internacional— subir al avión que le debía llevar a Roma, olvidar las formas protocolarias (casi hasta sin tiempo para recibir el pergamino en el que se le nombraba ciudadano honorario de Nueva York) y sustituirlas por un sencillo "Good by" y un "God bless America", que le salían del íntimo del corazón.

No pretendo analizar el secreto de Paulo VI con las masas romanas, palestinas, indias o neoyorkinas. Entran sin duda en el mismo la autoridad espiritual que ostenta, el hecho de tratarse de su primer viaje al Nuevo Mundo y el mensaje de paz que trae a todos los hombres de buena voluntad. Pero los corresponsales norteamericanos me han llamado la atención sobre otros atractivos que —quizás por lo acostumbrado— yo había relegado al olvido, pero que a ellos les ha impresionado: las manos del Papa. Manos que, como ha escrito uno de ellos, parecían en continuo movimiento para saludar, bendecir, implorar, agradecer, y todo esto al mismo tiempo. No les falta razón. Las manos de Paulo VI son más finas y suaves que las del Papa Roncalli y menos estilizadas que las de Pío XII. Pero tienen una expresividad singular. Por eso han quedado clavadas en las pupilas de muchos millones de norteamericanos.

Políticamente, la jornada neoyorkina ha consagrado a Paulo VI como a diplomático consumado y como a hombre que, consciente de sus responsabilidades como jefe espiritual de una gran parte del mundo contemporáneo, sabe —llegado el momento— definirse ante el mismo con un mensaje constructivo y esperanzador. Las interpretaciones que se han dado a su intervención ante las Naciones Unidas han sido —y continuarán siendo— variadísimas. Walter Lippman, cuyas columnas se

LOPEZ AMAT, A., S. J.

"Jesucristo, biografía en mosaico". Editorial Razón y Fe, 1964, Madrid.

Obra monumental, no sólo por el tema que trata, sino por su excelente presentación tipográfica y artística y el acierto que supone el elaborar una espléndida vida del Señor con el mosaico de los mejores materiales esparcidos en las mejores biografías de Cristo. Manjar sabroso después de haber leído atentamente el lugar evangélico, paladear los estupendos capítulos de un Prat, un Lebreton, un Ricciotti, un K. Adam, un Rops...

La obra está enriquecida con un útil apéndice sobre las principales vidas de Cristo.

Difícilmente podríamos encontrar mejor regalo para nuestros amigos que esta obra que no sólo ocuparía un lugar de preferencia en un estante de su biblioteca, sino particularmente en la inteligencia y el corazón.

J. M. G.

LIBROS RECIBIDOS

recientemente, que agradecemos cordialmente a las editoriales y que enjuiciaremos en próximos números de SIC: Editorial Razón y Fe, Ediciones Fax, Madrid, España.

Centro de Estudios Laenec: "El niño mal formado".

E. Ringel: "Iniciación en los problemas de la neurosis".

E. Pin, S. J.: "Las clases sociales".

Groupe Lyonnais: "Paternidad y virilidad", "El hombre y los grupos sociales".

H. Pfeil: "Existencialismo".

D. Von Hildebrand: "El matrimonio".

P. Regamey: "Frente a la violencia".

R. Marlés, S. J.: "El problema teológico de la hermenéutica".

Card. Bea: "La historicidad de los evangelios".

F. Sroobants: "La oración".

Editorial Desclée Brouwer, Bilbao, España:

Mons. Guerry: "La Iglesia y la comunidad internacional".

L. Cerfaux: "El cristiano en San Pablo".

F. Pagés Vidal: "Espiritualidad matrimonial".

X. Lefevre: "La llamada del Señor".

J. San Clemente: "Iniciación a la Biblia para seglares".

Editorial Estela, Barcelona, España:

J. Cadet: "El laicado y el derecho de la Iglesia".

Folliet, Lestapis... (colaboración): "La mujer soltera en el mundo contemporáneo".

ORIENTACION MORAL DEL

CINE

PUBLICADA POR EL CENTRO
DE CULTURA FILMICA

1.—TODOS:

ALERTA EN EL CIELO
NORMAN EN LAS ALTURAS
TENGO 17 AÑOS
TRES CHIFLADOS DAN LA VUELTA AL
MUNDO (LOS)

2.—JOVENES:

CARGANDO CON EL MUERTO
DIOSES GUERREROS EN LO PROFUNDO
ELFEGO BACA AL RESCATE
GLADIADORES ESPARTANOS
GUERRILLERAS DE CRETA (LAS)
JUGARRETAS DE CUPIDO
MATANZA SANGRIENTA
ME HA GUSTADO UN HOMBRE
PIRATAS DEL MISSISSIPPI
TAUNUS, HIJO DE ATILA
TRIUNFO DE HERCULES (EL)
URSUS CONTRA LOS TARTAROS

3.—ADULTOS:

ASESINOS 002, OPERACION FALDAS
CABEZA VIVIENTE (LA)
DEMONIO AZUL (EL)
GENGHIS KHAN
IPRESS, ARCHIVO CONFIDENCIAL
MARINERO MUJERIEGO
MUJERIEGOS (LOS)
PARANOICO
PASAJERA (LA)
PRECIOSA
PROFECIAS DEL Dr. TERROR (LAS)
SHEHERAZADE
TIFON EN EL JAPON

4.—ADULTOS, con reservas:

DEO GRATIAS
DESAFIO AL DESTINO
DIA POR DIA DESESPERADAMENTE
ENGAÑADOS (LOS)
ISLA DE LOS AMORES PROHIBIDOS (LA)
LOS QUE OFENDEN EL SEXO
PECADOR (EL)
TERROR EN LA FRONTERA
TOTO CONTRA EL HANNA
YO SOY DILLINGER

5.—DESACONSEJABLE:

A CAUSA DE UNA MUJER
CALLEJON DEL HANNA (EL)
MONSTRUOS (LOS)

6.—REPROBADA:

MENTIROSA (LA)
SECRETOS DE PARIS

reproducen en docenas de periódicos nacionales y extranjeros, ve en ella "la reconciliación definitiva" del Papado con el mundo moderno y una especie de viraje radical de la Iglesia desde los tiempos de Pío IX". Para otros, se ha tratado de la visita del médico de cabecera a un enfermo —la ONU— irremediablemente desahuciado y en necesidad de alguna fortificante inyección que prolongue un poco sus días. Ha habido quienes, con Drew Pearson, han visto en las estadísticas del organismo internacional sobre materias demográficas "el mejor mentís" a "las soluciones idealistas" del Papa. Tampoco han faltado unos pocos que han caracterizado el viaje como un intento de adquirir —a fuerza de largos desplazamientos— una popularidad para la que Juan XXIII "no necesitaba abandonar las rejas del Vaticano".

Las dos primeras versiones tienen su fondo de verdad. Pero están lejos de darnos el cuadro completo de los hechos. El viaje pontificio constituye una prueba más de la "ecumenicidad" que le anima, de sus sinceros deseos de contribuir a la distensión internacional, a la paz y a la reconciliación de las naciones, ahorrando así al mundo las horribles consecuencias de un conflicto armado.

El Papa ha sabido también señalar lo que, en todos tiempos, ha sido el verdadero origen de las guerras: la soberbia y la codicia humanas con su consecuencia de la ruptura de la fraternidad universal. "Sólo cuando empezamos a poner en práctica esta gran lección, comenta Lippman, podremos decir que hemos captado el sentido del mensaje pontificio." El hombre que, ocupando la sede de Milán, apoyó vigorosamente la idea de que la Iglesia se definiese ante el mundo contemporáneo, ha querido —desde el altísimo puesto que ahora ocupa— contribuir a su clarificación. Y lo ha hecho con un estilo nuevo, personal e inusitado en los anales eclesiásticos. Hasta ahora el modo de tratarlos era a través de documentos del magisterio de la Iglesia (encíclicas, alocuciones y decretos conciliares) emanados desde el centro de la Cristiandad. El intentarlo de otra manera hubiera sido inconcebible. Se oponían a ello una tradición secular y los medios materiales de realizarlo. Es la pauta que —no obstante su modernidad— siguió Juan XXIII. ¿Cómo habría podido intentarlo de modo diverso el jefe del estado más diminuto del mundo, aquel cuyo influjo despreciaba Stalin por no verlo apoyado en divisiones motorizadas ni en escuadrones aéreos?

Hemos tenido que aguardar hasta Paulo VI para verlo ensayado. El personaje a quien cierta prensa ha acusado de "indeciso" ha emprendido, en el término de dos años, tres largos viajes para enfrentarse con algunos de los más serios problemas contemporáneos. "Si esto, confesaba honradamente uno de los mejores locutores no-católicos de la televisión norteamericana, se llama timidez, quiere decir que yo no entiendo el significado de las palabras." Los viajes, sobra decirlo, no se emprenden por motivos de veledad ni por desconocer los riesgos —e incluso la posibilidad de fracasos— que en ellos se encierran. El Papa Montini goza de una reconocida pupila diplomática e internacional. Para confirmarlo bastaría, además, la lectura de su pensado y cauto discurso ante las Naciones Unidas.

No es éste el lugar de hacer el historial de las dos precedentes salidas de Paulo VI al exterior. En Jerusalén la confrontación tuvo dos facetas: una espiritual, simbolizada en el abrazo con el patriarca Atenágoras (unión con las Iglesias ortodoxas del Oriente), y otra temporal, la de suavizar las relaciones entre el estado israelita y las naciones árabes, motivo de vivísima fricción y peligro de conflicto armado. En Bombay el Papa, además de dar un impulso a la obra de las misiones, intentaba afirmar el interés de la Iglesia por los valores espirituales de las grandes culturas asiáticas, su preocupación por el bienestar de las "naciones emergentes" —recuérdense a este propósito las duras palabras de su discurso sobre las obligaciones de las naciones ricas para con las que no lo son tanto— y reafirmar, con textos del mismo Mahatma Gandhi, su fe en los medios pacíficos de arreglar los conflictos internacionales. Las

DOVILLA, SUS TRAJES POR MUCHAS RAZONES. - TORRE SUR, 10 - EL SILENCIO - TELF. 41.47.91

hostilidades presentes con el vecino Pakistán sólo refuerza la oportunidad de aquellas declaraciones.

Pero, sin género de duda, su misión más delicada era la destinada a las Naciones Unidas. El organismo internacional, a pesar de sus buenas intenciones, está pasando por la peor crisis de su existencia. La ONU, boicoteada por los rusos —y a veces hasta por De Gaulle—, olvidada por los Estados Unidos siempre que la juzga incapaz de resolver un conflicto que toca a sus intereses propios, medio arruinada por las deudas y sin prestigio excesivo en acciones como las de Chipre y el Congo, ha sido declarada moribunda en más de una ocasión. En estas circunstancias, resulta arriesgado —personalmente y para “la potencia” que representa— ofrecerse a salir en su defensa o considerarlo todavía como instrumento apto para la concordia internacional. Sólo un hombre de miras sobrehumanas y aterrado por el pensamiento de la posibilidad de un conflicto atómico, puede tener el valor de hacerlo invocando para ello —ante la conciencia de los pueblos allí representados— los derechos de los pobres y de los débiles e implorando en su favor los sentimientos morales y humanos que puedan quedar entre nosotros. Ha sido el SOS lanzado por el Papa a todos los hombres de buena voluntad.

Conocemos el resultado inmediato de aquella solemne intervención precedida poco antes por la larga entrevista con el presidente Johnson. Un hombre frágil, vestido de blanca sotana y sin más adornos que una cruz pectoral, sube al podio del palacio de las Naciones Unidas y, en lenguaje sencillo, pero inequívoco, lee para el mundo un mensaje trascendental. No hace ostentación de poderes. Es un hombre como todos ellos —“un hermano vuestro”— animado de la mejor buena voluntad. Pero refleja los deseos de 500 millones de católicos esparcidos por el mundo entero y representados en el Concilio ecuménico por sus obispos, así como los anhelos de muchos otros grupos de cristianos. Sus intenciones son claras: no tiene nada que pedir ni nada de qué quejarse; sólo pide un permiso y expresa un anhelo: el de servir al mundo entero con desinterés, humildad y amor.

El mensaje pontificio es para todo el mundo y tiene tres partes bien definidas. Una para las Naciones Unidas:

Como organización, representáis el camino obligatorio para la civilización moderna y para la paz... sois el puente de enlace entre los pueblos y aspiráis en la esfera temporal a la unidad y universalidad de la Iglesia católica en el campo espiritual... El edificio que habéis levantado nunca debe caer. Por el contrario, debéis perfeccionarlo hasta hacerlo digno del mundo al que tenéis que servir... Volved a recibir en vuestro seno a aquellos que voluntariamente os han abandonado y estudiad los métodos convenientes de unir a vuestro grupo de hermandad, en honor y lealtad, a quienes todavía no participan en el mismo.

Otra para las grandes potencias, en cuyas manos está —junto con los armamentos nucleares— la angustiada posibilidad de los conflictos bélicos:

“Escuchad las lúcidas palabras del gran desaparecido John Kennedy: ‘La humanidad tiene que poner fin a las guerras porque, de lo contrario, éstas terminarán con ella.’ Continuad vuestros esfuerzos de 20 años en favor de la paz... Educad a vuestros hijos a que conozcan la imperiosidad de la misma... Si queréis vivir como hermanos, deponed las armas. No se puede amar con armas ofensivas en la mano... Mientras el hombre sea débil, mudable y perverso, las armas defensivas serán necesarias. Pero, aun entonces, haced lo posible para asegurar la concordia entre los pueblos sin recurrir a ellas. ‘Jamais, plus la guerre!’”

Y una tercera parte para los hombres de gobierno y los responsables que se enfrentan con uno de los grandes problemas del mundo, el de su superpoblación:

“Recordad, señores, que, por encima de todo, estáis tratando con la vida humana; que ésta es sagrada y nadie debe ofenderla. El respeto

Selecciones de Críticas de cine

“LA PRIMERA VICTORIA”

Era raro que Otto Preminger dirigiese una película con argumento que no reflejase un suceso de actualidad. El estreno de sus películas casi siempre coincide con acontecimientos de los que los titulares noticiosos son portavoces: “El hombre del brazo de oro” expuso el drama individual del adicto a las drogas en momentos en que se divulgaba extensamente su repercusión como drama colectivo; “Exodo” se valió de la popularidad del libro de León Uris y las viejas enemistades árabes-palestinas; “Tormenta sobre Washington” empezó a exhibirse cuando ehaba a andar en Estados Unidos la maquinaria política demócrata-republicana de 1962 y todavía vibraban efectos de las elecciones presidenciales de 1960; “El Cardenal” se promovió y exhibió con el mismo alboroto publicitario de un nuevo jabón de baño al tiempo que las deliberaciones del Concilio Ecuménico comenzaban a interesar a creyentes y ateos, y además, la pieza teatral “El Vicario”, de Rolf Hochhuth, había despertado fuertes polémicas en Europa y Norteamérica.

Por eso nos extrañó que “Primera victoria” nos largase a la cara un cucharonazo con notoriedad de 20 años de atraso. Pero Preminger tiene de ingenio lo que “El Cordobés” de vegetariano. Después de todo, las películas de guerra siguen reclutando simpatizantes masivamente. La mayoría de ellos no se embuten emocionalmente dentro de la tragedia bélica, sencillamente ven en las películas de guerra el relato épico, bueno o malo, de un suceso heroico, emocionante o entretenido. Y como la guerra de Vietnam sigue siendo tabú para los productores, Preminger acampó en Pearl Harbor para llevar al celuloide “Primera victoria”, basada en la novela de James Basset “In Harms’ Way”.

“Primera victoria” no es un concierto de cañonazos con el Pacífico de la segunda guerra mundial como arena (las secuencias de combate es lo peor del film). Tampoco es marco para humorismo militar (los chistes de siempre, afortunadamente, se podaron). La trama gira alrededor de varios caracteres a quienes sorprende la guerra; los cambios que las circunstancias en ellos decretaron y la forma en que reaccionaron. John Wayne y en espe-

cial Patricia Neal desarrollan sus papeles estupendamente, sin amaneramientos ni laxitud.

Y al salir del cine lo hacemos con una sensación parecida a la que nos da comer en un restaurant en que la comida no fue nada del otro mundo, pero donde el servicio fue esmerado y la decoración congruente.

Germán Núñez Ablanedo

"LA PASAJERA"

¿Es éste todo el filme? El interrogativo es inevitable tras contemplar por primera vez la proyección del filme, que apenas si llega a la hora de duración. Y es justificada la apreciación. Su director, Munk, no pudo terminarlo al morir víctima de un accidente automovilístico; y por más que se diga que su ayudante jefe no hizo sino "montar" los trozos filmados por el director, no se disipa la idea de algo inconcluso.

Pero, inconclusa y todo, se prefiere esta corta película a otras muchas que por su duración nos hastían. Porque la película no es una más en la ya larga de las realizadas sobre los campos de concentración. Es algo distinto. Es el recuerdo vivido, palpitante, en una conciencia culpable de lo ocurrido años atrás. Es la conciencia de Liza la que va proyectando esa serie de recuerdos, esos retazos trágicos de la vida de Auschwitz.

Todo el filme se mueve así en un tríptico perfectamente logrado: la conciencia de Liza; el amor de Marta y la vida en el campo. Serán apenas bosquejos los que se nos presentan del campo, pero no por eso menos horrorizantes. No se busca, es cierto, el horror en los hornos crematorios y otros hechos salvajes por sí mismos, sino algo agazapado en el recuerdo de la protagonista. Algo que hace estallar el odio en el recuerdo y conciencia de Liza; recuerdos dormidos, pero que surgen más acusadores que nunca ante la vista de un rostro que se asemeja al de su antigua víctima. El horror está, pues, en función directa de la impresión en el alma, de la interioridad de Liza. Y al ser todo una representación subjetiva de la persona, la técnica tenía que acomodarse a esta realidad. Lentitud, ritmo acongojado, impresión más que acción directa. La fotografía, con sus logros perfectos de clarososcuros, viene a ser un testimonio, un juicio real del mundo de los campos de concentración de ayer, al tiempo que lo es también de la existencia pacífica actual de los que fueron responsables de aquéllos.

Toda la obra se coloca en la línea de películas polacas como

por la vida, aun frente al gran problema de la natalidad, debe encontrar en vuestra asamblea la mayor afirmación y la más válida defensa. Tratad de multiplicar el pan que baste para las mesas del género humano, en vez de multiplicar un control de nacimientos artificial, cosa que resultaría irracional, con el fin de disminuir el número de comensales en el banquete de la vida."

Los quince últimos minutos del discurso pontificio contenían verdades duras, incluso para la nación cuyo huésped de honor era Paulo VI. Sus ramificaciones para la política exterior de Washington —desde el Caribe hasta el Vietnam— eran evidentes y la prensa se apresuró a subrayarlas. Es más que dudoso que la Casa Blanca y el Pentágono se felicitaran por las alusiones a facilitar la entrada de la China comunista en las Naciones Unidas. Pero la sacudida más sentida por la opinión fue, indudablemente, la relativa al control de nacimientos. Algunos de los periódicos dedicaron comentarios enteros a resaltarlo. Con sus palabras, el Papa ponía el dedo en la llaga de unos de los problemas más delicados —internos y externos— de los Estados Unidos, a saber, el derecho de los poderes públicos para propagar —o, lo que sería peor, imponer— a las gentes lo que, con cierto eufemismo, se ha llamado información sobre la regulación de nacimientos y que, en la práctica, va desde las píldoras anticoncepcionistas hasta los más burdos métodos de esterilización. Digamos que, hasta la fecha, la opinión católica estadounidense ha ayudado muy poco a clarificar la cuestión. Tratándose de la América Latina, uno oye a seglares y sacerdotes hablar demasiado de la conveniencia de ensayar algunos de estos métodos con el fin de "aligerar el peso que su creciente población supone para el contribuyente norteamericano". "Hay en la actualidad, nos dice la columna de Drew Pearson, seis organismos gubernamentales encargados de propagar estos métodos dentro y fuera de la nación." ¿Operarán ya algunos de ellos en la América Latina? Uno podría sospecharlo por los participantes de un reciente congreso del género en la Universidad del Valle, en Cali, así como por las anodinas conclusiones, capaces de muy diversa interpretación, que allí se adoptaron y que tan pobre impresión han hecho en algunos círculos eclesiásticos de los Estados Unidos... Sea de ello lo que fuere, el Papa ha dicho bien claro lo que debemos pensar sobre la materia. "Es posible que la oposición papal, unida a las críticas de los negros, que ven en ello una treta para mantener baja su población racial, echen a pique los programas (patrocinados por Johnson) que se habían puesto en marcha." ("New York Post", 10 de octubre de 1965.)

Prescindiendo del valor de estas interpretaciones, hay una cosa cierta: en el presente Pontífice tiene la Iglesia un hombre de acrisolada sinceridad que, al tratarse de problemas que afectan al depósito de la fe o miran al bien universal, no duda en afrontar situaciones difíciles ni declararse abiertamente en favor de la verdad. Esto, aun desde el punto de vista humano, da gran seguridad en estos días de vacilaciones y de confusiónismo. Lo reflejan de modo certero los dos artículos que "Life" acaba de publicar para describir el "grandemente logrado" viaje pontificio.

* * *

Nueva York no será la postrera etapa transatlántica y extra-romana del Pontífice reinante. Ya antes de emprender su retorno a la Urbe, las agencias de noticias hablaban de nuevos itinerarios. El primero en lista —por lo menos en lo que a él se refiere— sería la heroica Polonia, a punto de celebrar el milenario de su aceptación del Cristianismo. Ella señalaría otra etapa en las peregrinaciones paulinas y la primera a un país oficialmente comunista. El Papa, lejos de negar sus posibilidades, ha afirmado que, si ello fuera conducente a la paz del mundo, estaría dispuesto a llegarse hasta la misma China roja.

Después vendría a la América Latina. Sabemos el interés hondo —mezclado a veces de temores— que el Pontífice reinante profesa hacia nuestro hemisferio. Puestos a escoger entre las 20 repúblicas iberoamericanas, las preferencias parecerían dirigirse a Colombia. Por su posición

EN ROPA HECHA PARA CABALLEROS. — ESQUINA DE LAS GRADILLAS. — TELEF. 81-59-87

geográfica, por el acendrado catolicismo de sus gentes, por su fidelidad nunca fallida hacia el Vicario de Cristo y por la proximidad de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá. Por el momento, dudamos que todo ello pase de conjeturas. De una cosa, sin embargo, no podemos dudar: de la calurosa y filial acogida que el pueblo colombiano, sin distinción de clases y de partidos, dispensaría en todo su recorrido al Vicario de Cristo en la tierra.

Nueva York, 12 de octubre.

★ ★

Discurso del P. General S. J. Pedro Arrupe en el Concilio

(27 de septiembre de 1965)

Padres Venerables:

El Esquema sobre la Iglesia en el mundo moderno es digno de alabanza por intentar ofrecer soluciones a los problemas actuales, pero temo que tales soluciones y especialmente lo contenido en el N^o 19 sobre el ateísmo —ciertamente contra la intención de los redactores— queden todavía excesivamente en el plano intelectual. Esto sería permanecer en un defecto en que incurrimos frecuentemente: la Iglesia tiene la verdad, los principios, los argumentos. Pero ¿transmite todo esto al mundo de modo verdaderamente eficaz? Este es el problema.

La inadecuación entre lo que la Iglesia tiene y lo que da al mundo se ha hecho más patente en el mundo de hoy, que prescinde de Dios, más aún, que frecuentemente intenta destruir la idea de Dios. Esta mentalidad y cultura prácticamente atea no sólo —como aquella ciudad en sentido agustiniano— lucha contra la ciudad de Dios desde fuera, sino que penetra dentro de los muros de la ciudad de Dios e inficiona subrepticamente con su veneno las almas de los mismos creyentes (incluso de los religiosos y sacerdotes), de donde brotan como frutos, dentro de la Iglesia, naturalismo, desconfianza, rebelión...

La nueva sociedad atea trabaja, mediante sus miembros más conscientes, de modo muy eficaz; emplea medios científicos y técnicos, sociales y económicos; sigue una estrategia elaborada perfectamente; ejerce un dominio casi absoluto en las organizaciones internacionales, en las sociedades financieras, en los medios de comunicación social, televisión, cine, radio, prensa.

Frente a esta sociedad está la Iglesia con sus inmensos tesoros de espíritu y verdad. Hay que decir, sin embargo, que la Iglesia no ha encontrado todavía medios verdaderamente eficaces para transmitir esos tesoros a los hombres de nuestro tiempo. Las estadísticas hablan con claridad: el año 1961 los católicos representaban en el mundo un 18 por ciento; hoy, un 16 por ciento; la proporción, por tanto, disminuye sensiblemente.

Después de dos mil años somos solamente una parte pequeña de la población mundial, y dentro de esa parte pequeña ¿qué parte es verdaderamente católica? Sin duda, en este pequeño rebaño hay muchas cosas buenas: hombres de gran valía y obras muy bien estructuradas. Pero si se considera al mundo en su totalidad, nuestro influjo no es el que debería ser. Nuestros intentos es ven, en gran parte, privados de su debido influjo por la dispersión con que trabajamos muchas veces.

Estas consideraciones no deben hacernos pesimistas. En el mundo seremos oprimidos y el misterio de la iniquidad se opone al progreso de la Iglesia. El aumento de la Iglesia no puede medirse con criterios meramente humanos; ni finalmente debemos olvidar que, mientras que otros suelen emplear ciertos métodos, eficaces en el mundo, pero no conformes con el Evangelio, nosotros debemos predicar a Cristo y, por cierto, crucificado.

Teniendo estos principios claros ante nuestra vista, sin embargo nos apremia la obligación de someter a examen nuestros métodos pastorales, sobre todo en lo que se refiere al grave problema del ateísmo. En este problema tendemos espontáneamente a darle una solución intelectual: a refutar, probar, enseñar, defender. Esto es precioso y esencial, pero totalmente insuficiente. Debemos comunicar no sólo la verdad, sino también la vida: más que defender debemos crear; más que exponer debemos mover; más que contemplar la verdad debemos llevarla a efecto. He aquí unas palabras de Juan XXIII que se refieren directamente a este punto:

“Pero hoy más que nunca es indispensable que esta doctrina sea conocida, asimilada, llevada a la realidad social en las formas y en la medida que las circunstancias permitan o reclamen; función ardua, pero

la “Samson”, de Wadja, o “Sor Juana de los Angeles”, de Kawalerowicz. ¡Lástima que estos filmes de grandes dimensiones morales e intelectuales desaparezcan tan pronto para dar paso a otros más espectaculares y taquilleros!

Ignacio Ibáñez

IPRESS, ARCHIVO CONFIDENCIAL

El público amante de las películas de “suspense” tiene “otra favorita”, no sólo por su género sino también por su realismo. Michael Caine su personaje principal no viene rodeado de una publicidad “James Bond”: Interpreta muy originalmente el papel de un rebelde agente inglés, con métodos propios, pero verosímiles, con una hoja de servicios no muy “brillante” que digamos pero que le permite cumplir con su misión, agradar a su “compañera” y también al público.

Sidney J. Furie —el director— ha llevado brillantemente al celuloide un tema bastante trillado en su fondo, pero lo ha hecho de una manera muy original, sus actores, muy poco conocidos le brindan la oportunidad de patetizar un realismo difícil de igualar con actores como Sean Connery cuya fama pesara más que la propia interpretación. La técnica que emplea también es original y lo comprobamos a cada instante: en la habitación de Palmer (M. Caine), en la biblioteca. Combina magníficamente la cámara con los actores; las sombras proyectadas por estos y los colores del resto del encuadre. El ritmo, ajustado a la música y al número escaso de personas, nos da una sensación de intriga y suspenso; es de notar la insistencia del color rojo-lúgubre a través de toda la cinta. Los diálogos, escuetos, concisos y algunas veces mordaces contribuyen a crear este clima y a resaltar la personalidad de Palmer como un hombre “insubordinado, insolente y probablemente con instintos criminales”, como lo caracteriza su primer jefe.

ALBERTO VIEIRA

LOS MONSTRUOS

Antiguamente “monstruo” era una producción contra el orden regular de la naturaleza. Hoy en día “monstruo” es algo que se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano; en otras palabras, “monstruo” es ahora sinónimo de normal. Al menos así lo entienden Dino Risi y sus libretistas. En “los monstruos” estos señores nos endilgan una retahíla